

*Leo Talamonti*

**UNIVERSO PROHIBIDO**



Cuántos y cuáles sean los fenómenos de naturaleza excepcional no clasificables aún en los esquemas oficiales de la Ciencia, se revela precisamente en este libro, donde se concede a la Naturaleza todo el crédito a que tiene derecho y que otros arbitrariamente le niegan; a la Naturaleza en sus aspectos más misteriosos e imprevisibles, que aún esperan ser reconocidos e interpretados. Quien aprecie las audacias del pensamiento, considerará las hipótesis enunciadas en este libro.

“No creo que exista otro libro que contenga tal cantidad de hechos extraños, inquietantes, maravillosos.” (DINO BUZZATI)

**O**tros **M**undos

*«Hay otros mundos,  
pero están en éste»*

ÉLUARD

*Leo Talamonti*

---

**UNIVERSO PROHIBIDO**



*PLAZA & JANES, S.A.*  
Editores

Título original:  
UNIVERSO PROIBITO

Traducción de  
VICENTE VILLACAMPA

Primera edición: Febrero, 1970

© 1970, PLAZA & JANES, S. A., Editores  
Virgen de Guadalupe, 21-33. Esplugas de Llobregat (Barcelona)  
Este libro se ha publicado originalmente en italiano con el título de  
UNIVERSO PROIBITO

---

*Printed in Spain — Impreso en España*  
Depósito Legal: B. 6.510-1970

## PREFACIO

Antes de hablar de este libro y de la utilísima función que está llamado a desempeñar, debo permitirme algunas necesarias referencias a mis experiencias recientes y lejanas. Y comienzo con una consideración actual. Parece casi increíble la tenacidad de los prejuicios enraizados en algunos divulgadores científicos, que se consideran autorizados a afirmar, con la mayor gravedad, la inexistencia de ciertos hechos, por otra parte ampliamente comprobados, si bien no aceptados aún por la ciencia considerada oficial. De esta inextirpable tendencia a la negación arbitraria puedo, por lo que a mí respecta, aducir dos ejemplos válidos.

A finales del lejano 1912 tuve ocasión de hacer, lo mismo que numerosos científicos «oficiales» de varios países, un estudio minucioso, *in situ*, de los famosos «caballos pensantes» de Elberfeld, en Alemania. Omito repetir aquí lo que pienso acerca de aquel «pensamiento» equino, y me contento con consignar que «todos» los estudiosos reunidos en Elberfeld (entre ellos había algunos de gran fama) declararon, sin excepción —por escrito—, tras las «pruebas concluyentes» efectuadas por mí mismo y luego por los demás, que las «respuestas» dadas por aquellos caballos se obtenían «en ausencia de señales» de cualquier género por parte de su dueño o de los asistentes, asimismo «ignorantes» uno y los otros del problema propuesto respectivamente al sujeto examinado. Pues bien, hace poco tiempo, el «redactor científico» de una notable revista italiana fue capaz de escribir que «como todos saben» (!), los famosos caballos «sólo respondían» guiados por las señales de su amo.

Segundo ejemplo. En un semanario de gran tirada, y precisamente en una rúbrica de «divulgación científica», no hace mucho he llegado a leer una afirmación en extremo perentoria acerca de «la existencia de los fantasmas y la necesidad de atribuir las creencias relativas a los mismos a la supervivencia de necias supersticiones». Opinión sin duda

respetable como otra cualquiera, si no fuera por el tono de absoluta gravedad del escrito, y por el hecho de que éste no dejaba ningún margen a la opinión contraria y, menos aún, a aquel saludable género de duda que se ha dado en llamar filosófica. Pero yo «he visto, oído y tocado fantasmas» hasta la saciedad (o, mejor, ellos me han tocado a mí), en condiciones de «absoluto control» objetivo, y sin la menor carga emocional o afectiva por mi parte.

Sucedió en Varsovia en 1923, en ocasión del II Congreso internacional de Investigaciones psíquicas allí reunido, y que tuve el honor de presidir. En una larga y privadísima sesión que pude mantener con el médium Guzik, «sostenido fuertemente» por mí y sumido en trance con inconsciencia total (un médico amigo mío sostenía bien firme la otra mano del médium y controlaba su estado psicofísico), no tardaron en producirse numerosos fantasmas luminosos, materializados hasta medio busto y con atavíos diversos, masculinos y femeninos, nitidísimos hasta en los menores detalles, revoloteando levemente en torno a mi cabeza, susurrándome al oído frases de bienvenida (de lo más trivial) y besándome repetidamente la frente. Particularidad de gran interés: las fases de la formación de esos fantasmas, hasta el punto de hacerse muy visibles en la oscuridad del ambiente mediante la luz emitida por ellos mismos, respondían con exactitud a las que, muchos años después, en el lejano México, fueron establecidas por Gutierre Tibón en una relación muy circunstanciada y perfectamente objetiva que el lector encontrará referida en un capítulo de este libro.

Así, pues, que nadie venga a decirme, con afirmaciones apodícticas, que ciertas cosas «no existen», cuando, por experiencia propia, ha sido bien establecida su existencia. Pero, bien entendido, no se le pueden echar demasiadas culpas a un divulgador por reflejar los prejuicios corrientes. Desde el punto de vista de cierto intelectualismo de postura, la situación de ese divulgador es, sin duda, la más fácil, aparte de que es la destinada a atraerse casi universales

simpatías, en una época que celebra con fervor los triunfos de la ciencia, aun ignorando, por lo general, cuáles sean con exactitud las tareas, los límites y las posibilidades reales de la investigación científica.

Tanto mayor es, por ello, mi complacencia al ver publicada una obra como la presente, tan llena de agilidad y tan falta de prejuicios, que hace justicia a los aspectos ignorados de la Naturaleza y que demuestra cuán infundadas y preconcebidas son las negativas de los escépticos a la vista de ciertos fenómenos raros e inexplicables. El libro se debe a la pluma de un periodista empeñado, desde hace muchos años, en el estudio y en el tratamiento de cierta problemática científica que incluye, en particular, la fenomenología paranormal. Se trata de una obra esencialmente divulgadora, en el sentido de que se propone, en su clara simplicidad, poner la delicadísima, y en algunos aspectos candente, materia parapsicológica al alcance de quien aún ignora la existencia de su problemática o está mal informado. El lector verá con cuánta eficacia se cumple este propósito.

Por otra parte, sería desconocer algunos méritos fundamentales de este libro si nos limitáramos a considerarlo exclusivamente desde el punto de vista de su simple y notable eficacia divulgadora. No obstante las naturales exuberancias propias de un estilo desenvuelto y brillante —como conviene, precisamente, al divulgador—, y no obstante el escaso respeto que siente por la terminología oficial, así como por los acostumbrados criterios de distribución de la materia, es innegable la seriedad científica que inspira esta obra, seriedad que aún se pone más de manifiesto por las justas preocupaciones epistemológicas del autor. Entre los motivos fundamentales a los que tales preocupaciones parecen vinculados, hay que señalar, en primer lugar, la visión unitaria que tiene el autor de «un mundo sensible y extra-sensible a la vez», visión que la misma ciencia deberá terminar, tarde o temprano, por decidirse a adoptar, para los fi-

nes de ese necesario realismo que es *conditio sine qua non* para una exhaustiva y cumplida representación del Universo.

De esta misma visión deriva, asimismo, la concepción de la investigación parapsicológica como un momento muy particular en la historia del pensamiento científico, caracterizado por las primeras y aún dudosas tentativas para superar cierta actitud muy difusa que puede definirse bien como «nuevo aristotelismo», puesto que tiende a negar apriorísticamente algunos aspectos de la Naturaleza o se niega, al menos, a considerarlos como posible objeto de ciencia. De ahí una problemática sutil que, sin perjudicar nunca la exposición, se propone, empero, individualizar y discutir las razones profundas de semejante actitud retrógrada, encuadrándola en el pensamiento y en las costumbres de nuestra época.

He aquí por qué creo poder afirmar que este libro va mucho más allá de su función puramente divulgadora, y tiene algo notable que decir incluso al restringido público de los parapsicólogos y de cuantos sienten un verdadero interés (sin prejuicios) por ciertos problemas básicos de la filosofía de la ciencia. Espero que aquéllos no dejarán de encontrar esta obra, al menos, «estimulante», en razón de las mismas perspectivas que abre, de los principios y reflexiones que sugiere, de las insospechadas y, empero, convincentes conexiones que descubre en fenómenos clasificados usualmente en categorías separadas. Libro en verdad «informativo», pues, en el sentido más rico del término y para cualquier lector serio, acerca de lo desconocido que hay en nosotros y en torno a nosotros. Si la ciencia quisiera desconocer esta vasta extensión de «desconocido natural», no haría sino abandonarla a las más deplorables interpretaciones extracientíficas, con daño acaso irremediable para el progreso del conocimiento humano.

Que en este campo existen dificultades de método y de verificación, es muy cierto e incluso natural, tratándose de

fenómenos excepcionales y reproducibles tan sólo a favor de circunstancias, a su vez insólitas. Así, por ejemplo —en el caso de la producción de fantasmas—, la disponibilidad de un médium de efectos físicos. Tipos como Guzik, el protagonista del episodio de Varsovia que he referido, no son frecuentes, es cierto. Pero sería una pena que la investigación científica se dejara detener por las dificultades de método, y aún sería peor si tratara de suprimir el problema de los fenómenos raros (a los que el profesor Giorgio Piccardi llama «esporádicos») y, sin más, negarlos en bloque tomando como pretexto la dudosa autenticidad de cualquier episodio aislado. Así sucedió, por ejemplo, a propósito de las célebres experiencias de Sir William Crookes con la médium Florence Cook, desacreditadas por Trevor H. Hall con argumentos sobre los que, sin embargo, las sucesivas revisiones de Osmond y Zorab han arrojado una luz por lo menos de duda.

La tendencia a suprimir o arrinconar, con pretextos varios, los problemas planteados por esta clase de fenómenos es una de tantas debilidades humanas, y como tal, muy comprensible. Pero no es justificable, sobre todo cuando es expresada al nivel de estudiosos calificados. Esa tendencia nos dice, en sustancia, que el hombre moderno también sufre terrores irracionales, como les sucedía a sus lejanos antepasados. El hombre de otros tiempos estuvo, en efecto, obsesionado por los aspectos, para él inexplicables, de la Naturaleza, en los que veía agitarse fuerzas ocultas y potencialmente amenazadoras. El hombre de hoy también teme lo desconocido, pero por otros motivos, en cuanto que viene a amenazar la solidez de las representaciones que se ha formado del Universo, las cuales deberían ser, según su opinión, definitivas.

De ahí los temores sin fundamento y las resistencias instintivas; de ahí las justificaciones ingeniosas a las que recurren los secuaces de un fácil racionalismo que es, exactamente, la negación de la racionalidad auténtica, es decir, de la que tiene el valor de empeñarse en la comprobación

de los propios límites inevitables. Los espíritus simples se forjan la ilusión de que el saber científico ha alcanzado sus más elevadas cúspides, conстриendo a límites muy modestos el ámbito de lo desconocido; pero la realidad es muy distinta, como sabe cualquiera que se ocupe, no digamos de la problemática paranormal, sino de investigación científica en general. Que la ciencia esté llamada a progresar indefinidamente a lo largo de la modesta y segura vía que le compete, es un hecho cierto e innegable, mas justamente por eso su diálogo con lo desconocido jamás podrá agotarse.

En esta eterna confrontación, constituye un acto de renuncia cualquier negativa a tomar en consideración los testimonios directos e indirectos existentes acerca de las innumerables manifestaciones de lo desconocido. La gravedad de esa renuncia no queda, en absoluto, disminuida por los variados pretextos que pueden aducirse, uno de los cuales —el más común— consiste, precisamente, en invalidar con falaces argumentos las documentaciones existentes; y el otro pretexto, más rebuscado, en invocar pretendidas razones metodológicas para limitar la investigación. Ambas son antiguas y persistentes. «Sin embargo —escribía hace cincuenta años Maeterlinck, a propósito de la tendencia a desacreditar los testimonios sobre lo desconocido—, no es menos cierto que al orillar así y deliberadamente aquello que no va acompañado de certezas matemáticas o judiciales, se corre el riesgo de perder por el camino la mayor parte de las indicaciones que ofrece el gran enigma de este mundo, en sus momentos de desatención o de buena voluntad» (*L'hôte inconnu*, París, 1917).

No es posible, pues, augurar, con el insigne colega Rémy Chauvin, «que se conserve una ciencia "abierta", y que la misma ciencia se dé cuenta de su propia juventud y se purifique de la tendencia a dudar de un hecho tan sólo porque no ve cómo integrarlo en uno de los sistemas provisionales en auge»\*.

Cuántos y cuáles sean los fenómenos de naturaleza excepcional aún no clasificables en los esquemas oficiales de la ciencia, se revela precisamente en este libro, donde se concede de buen grado a la Naturaleza todo el crédito a que tiene derecho y que otros arbitrariamente le niegan; a la Naturaleza en sus aspectos más misteriosos e imprevisibles, que aún esperan ser reconocidos e interpretados. Pero —se añade— «este crédito se concede, sin embargo, sin imprudencias ni fanatismos», como lo demuestra el hecho de que el autor no manifiesta nunca una afirmación perentoria, y que deja, antes bien, el campo abierto a las diversas hipótesis, aunque discutiéndolas adecuadamente y proponiendo —en forma de discretas sugerencias, pero sostenidas por consideraciones objetivas— una interpretación propia unitaria en cuanto a tendencia, que llega a configurarse en un sugestivo esquema de conjunto.

Característica fundamental de tal esquema es la comprobación de que los fenómenos paranormales son, todos, reducibles al común denominador de algunos estados de conciencia peculiares (*oníricos* o, al menos, *oniroides*), en virtud de los cuales algunos sujetos consiguen movilizar las facultades latentes en el yo y ponerse en relación directa con las leyes de un universo más fundamental que el sensible. Para demostrar que no se trata de una concepción arbitraria, están las múltiples interferencias (rigurosamente demostradas en el libro) de este universo «más amplio» que el ordinario, cuyas leyes, de hecho, dejan de ser operantes cada vez que se manifiestan las de aquél.

Queda planteado el problema de la naturaleza de este universo fundamental al que la mente consciente no puede acceder, en tanto que sí accede con entera libertad el inconsciente. Y aquí el autor no puede sino apoyarse en hipótesis e intuiciones de diverso origen y naturaleza —unas, psicológicas; otras, fisicomatemáticas— que podrían, sin embargo, integrarse recíprocamente. Todo esto conduce de nuevo la problemática paranormal a sus raíces metafísicas, según una constante tendencia del autor. El cual, en

efecto, no pierde ocasión para establecer cualquier posible relación entre los resultados de la observación parapsicológica y las corrientes más audaces del pensamiento científico contemporáneo, a las que debemos que la ciencia (incluso la física) vaya alejándose de continuo de las viejas concepciones rígidamente ancladas en el racionalismo cartesiano.

Acaso la parapsicología no pueda afianzarse definitivamente en el ámbito del saber oficial, sino en la medida en que los residuos de tales concepciones hayan perdido terreno paulatinamente, a favor de las vanguardias más avanzadas de las fuerzas académicas. En este sentido, creo que la parapsicología puede considerarse como una ciencia del porvenir más que como una ciencia de hoy, pero está claro que es preciso sentar sus bases desde ahora, sin dejarse envolver en compromisos equívocos y peligrosos con una mentalidad académica inevitablemente avara en sus concesiones. Por otra parte, la ciencia debe demasiado al pensamiento no conformista, como para que cualquier espíritu abierto no se augure que precisamente sea esta naciente ciencia parapsicológica la que se beneficie de sus mejores empresas creadoras.

Quien aprecie las audacias de pensamiento —cuando no estén divorciadas, por supuesto, del indispensable equilibrio— deseará considerar, pues, con interés algunas hipótesis enunciadas en este libro, empezando por aquella —hoy compartida por eminentes psicólogos y psiquiatras— según la cual el inconsciente posee una «polaridad luminosa» que aguarda aún ser descubierta y valorada; hipótesis conectada, a su vez, con otra en virtud de la cual las facultades paranormales podrían ser, no ya la expresión de regresiones atávicas, como en la actualidad se tiende a creer, sino las manifestaciones transitorias de una tentativa en acto de la Naturaleza para conducir al hombre hacia una fase evolutiva superior. La idea original, que opino merece ser tomada en seria consideración, es que la evolución humana puede conducir a una coordinación más estable entre las

facultades primordiales de la *paleopsique* y las más recientes, filogenéticamente, de la conciencia; y que la primera expresión, aunque sea imperfecta, de tal aspecto funcional, deba reconocerse en las facultades de aquellos raros sujetos (psicotécnicos, calculadores mentales, etcétera), que demuestran poder controlar en plena conciencia las facultades superracionales latentes en el inconsciente. No menos estimulante es la hipótesis de una posible función biológica del efecto psicocinético como componente natural, aunque sea modestísimo, de cualquier manifestación volitiva, e incluso la hipótesis que tiende a reagrupar en una sola visión los fenómenos de «contacto con el pasado»: de los sueños retrospectivos a la psicometría, a las manifestaciones espíritoides y a lo que el autor llama «las transferencias de conocimiento y de personalidad».

Y con esto termino, para no robar al lector el placer de realizar sus descubrimientos. La lectura de este trabajo no habrá sido inútil, pienso, si, al menos, ha hecho brillar la sospecha, si no la certidumbre, de que la ciencia oficial no lo explica todo, y de que el misterio que nos circunda es mucho más vasto de lo que comúnmente se cree.

WILLIAM MACKENZIE.

*(Antiguo profesor de filosofía de la  
biología de la Universidad de Ginebra.  
Presidente honorario  
de la Società Italiana di Parapsicología.)*